

XIII

Caridad donadora y generosa

La caridad de Nuestra Señora por los hombres es también caridad donadora, caridad que se sacrifica.

El amor verdadero es un amor que da. Cuando se ama realmente se da, se da mucho y de buena gana, y un gran amor hace darlo todo con alegría y sin excepción. Y sólo el amor da, como observa muy psicológicamente Santo Tomás. El amor humano muy a menudo se preocupará sólo por gozar, y no es por lo tanto un amor verdadero, sino más bien un egoísmo camuflado; lo cual hace decir que para muchos esposos el matrimonio es «un egoísmo de dos».

No es así el amor que nuestra Madre nos tiene a nosotros: es un amor que da.

Ella nos da todo lo que se llama gracia: todo lo que la humanidad tiene de vida, de actividad, de facultades y bienes sobrenaturales, y todos los bienes naturales en la medida en que se encuentran vinculados con lo sobrenatural, se lo debemos a Ella después de Dios.

¿Qué nos dio Ella? Su vida, su tiempo, su trabajo, su oración, sus méritos, sus lágrimas, sus sufrimientos, su muerte; toda su vida, sobre todo desde la Encarnación de Jesús en su seno, porque Ella lo ofreció todo por la redención y santificación de los hombres, y porque todo en su vida tuvo un valor redentor, meritorio y satisfactorio, igual que toda la existencia de Jesús, y no sólo su Pasión y muerte, tenía un poder de redención y santificación para el mundo.

¿Qué nos dio Ella? A Jesús mismo, y «*con Él todas las cosas*». San Juan constata con admiración y emoción: «*Tanto amó Dios al mundo que*

*dio a su Hijo único»*⁶⁵. Nuestra Señora hizo lo mismo. Su consentimiento, por libre voluntad de Dios, era indispensable tanto para la venida de Cristo a este mundo como para su partida, tanto para su concepción como para su muerte. Este *fiat* Ella lo dijo por sumisión amorosa a las voluntades de Dios, y también por piedad y caridad con el pobre mundo de los hombres.



Pero dar para Ella es también ceder, privarse, sufrir. «*Ella no perdonó a su propia alma*», como canta la Iglesia agradecida; Ella sacrificó a su Hijo en un dolor inexpresable. A Abraham le pidió Dios sacrificar a su hijo Isaac, para asegurarle una descendencia innumerable. Para dar la vida divina a innumerables hijos adoptivos, la Madre de los dolores debió entregar a su Hijo a sufrimientos indecibles y a una muerte espantosa. Y la espada de dolor, que atravesó su dulce alma durante la sangrienta Pasión de su Hijo, Ella la llevó de hecho en su corazón desde la sombría profecía de Simeón en el Templo; sí, desde el mismo momento en que se convirtió en Madre del Mesías.

Jesús, antes de dejarnos, nos enseñó que «*nadie tiene mayor amor que el que da su vida por sus amigos*»⁶⁶. Señor, Tú sabes que hay una excepción a esta regla. Cuando tu Madre te entregó a las torturas y a la muerte, Ella nos dio una prueba más preciosa de su tiernísima caridad que si Ella misma hubiese soportado el martirio más cruel; y es que tu vida le era infinitamente más preciosa que su propia vida, y Ella habría preferido mil veces sufrir todos tus sufrimientos, antes que tener que aceptar que Tú los soportases, y eso bajo su propia mirada.



⁶⁵ Jn 3, 16.

⁶⁶ Jn 15, 13.

María da por caridad, lo da todo sin excepción y sin reserva, y lo da frecuentemente a costa de sí misma.

Eso se resalta claramente en una hermosa narración evangélica.

El Arcángel le ha traído el gran Mensaje, y por su humilde *fiat* Ella se ha convertido en Madre del Hijo de Dios; Él es ahora su Hijo, su niño, a quien lleva en su Corazón con amorosa adoración...

No es difícil comprender que, más que nunca a partir de este instante, Ella no tiene más que un solo atractivo: callarse, ocultarse, estar sola con Él en el silencio y el amor...

Pero por Gabriel Ella se ha enterado de que su parienta ya entrada en años, Isabel, también va a ser madre, y que por lo tanto está precisando de sus servicios, o al menos estos pueden serle muy útiles. Además, bajo la influencia de Jesús, Ella presiente que tendrá que cumplir allí una misión más elevada, que hay allí almas que la esperan, porque Ella lleva a Jesús...

Por eso Ella no duda. Sus preferencias personales no cuentan para nada. Ella no retrocede tampoco ante las dificultades y fatigas inherentes a semejante viaje por país montañoso. «*Abiit in montana cum festinatione*» ... Con prontitud Ella se pone en camino para cumplir su misión de caridad, y sobre todo para ser el Copón vivo que llevará Jesús a las almas que aspiran a El...



Hijos y esclavos de amor de la Santísima Virgen, ¡qué magnífico ejemplo para nosotros!

Debemos amar a nuestro prójimo, a todos los hombres, con una caridad que lo perdona y soporta todo, pero también con un amor de generosidad y de sacrificio.

Retengamos bien esto: amar no es recibir ni ser mimado; amar es dar, darse, sacrificarse.

A ejemplo de Jesús y de su dulce Madre queremos dar, de ahora en adelante, con caridad sobrenatural.

De manera delicada y generosa, demos a los pobres e indigentes pan, vestidos, dinero, de modo que jamás ninguno de ellos abandone nuestra morada sin ayuda o sin consuelo. Más vale aún, tal vez, dar a las instituciones caritativas cristianas, que pueden aliviar las miserias de modo más eficaz y con mayor discernimiento.

En la medida de nuestras posibilidades, visitemos y cuidemos a los enfermos, sobre todo a los más abandonados, y tratemos de levantar, con palabras delicadas y cordiales, el ánimo de quienes se encuentran abatidos y probados.

Demos al prójimo algo de nuestros bienes, de nuestro tiempo, de nuestras fuerzas. Démosle también nuestra oración, nuestra amistad, la caridad de nuestro corazón, que son bienes mucho más preciosos que los bienes materiales.

¡Qué consolador es para nosotros, esclavos de amor de la Santísima Virgen, escuchar a nuestro Padre de Montfort decirnos⁶⁷ que nuestra Consagración a María nos hace practicar la caridad de manera eminente, puesto que damos a la Santísima Virgen todo el valor comunicable de nuestras oraciones y buenas obras, dejándole pleno y entero derecho de disponer de todo ello en favor de nuestro prójimo, tanto en la tierra como en el Purgatorio!



⁶⁷ Cfr. Tratado de la Verdadera Devoción n. 171.

Tratemos de dar Jesús y María a las almas. Eso quiere decir que hemos de ser apóstoles, formar parte de organizaciones de acción católica y de apostolado sobrenatural recomendadas por la Iglesia, y saber aprovechar ávidamente toda ocasión de conquista para Cristo y su divina Madre. Es cierto que antes hemos de trabajar en nuestra formación personal, pero también debemos esforzarnos por conducir otras almas a Dios, a Cristo, a Nuestra Señora, y eso será asegurarles los bienes más preciosos.

Un hijo y esclavo de María debe ser apóstol. San Luis María de Montfort asigna como uno de los efectos maravillosos de la práctica fiel de su excelente Devoción a María una *«fe valiente, que nos hará emprender y llevar a término, sin vacilar, grandes cosas por Dios y la salvación de las almas»*⁶⁸.

Nuestra época es la del apostolado seglar, que no sólo es útil, sino también necesario para la salvación de la humanidad.

Prometamos, por amor a Dios y a Nuestra Señora, ser apóstoles en nuestro entorno, en nuestra parroquia, en una esfera aún más extensa si nos es posible.

Eso será llevar Jesús a las almas.

Y Jesús por María. Demos María a las almas, pues Ella lleva siempre consigo a Jesús. Seamos los apóstoles de la devoción mariana bajo todas sus formas: el Rosario, el Angelus, los primeros sábados, la consagración mariana, etc. Seámoslo sobre todo de la Devoción mariana bajo su forma más perfecta y elevada: la santa esclavitud. Divulguemos para esto la revista que es el único órgano de este movimiento mariano más rico. Propaguemos los escritos de nuestro Padre de Montfort, y los libros y folletos compuestos en este mismo

⁶⁸ Tratado de la Verdadera Devoción n. 214.

espíritu. ¿Montfort no nos dice que *«un buen siervo y esclavo de María no debe permanecer ocioso, sino que es preciso que, apoyado en su protección, emprenda y realice grandes cosas para esta augusta Soberana»*; y que *«es preciso atraer a todo el mundo, si se puede, a su servicio y a esta verdadera y sólida Devoción»*?⁶⁹.



Todo esto sólo puede hacerse a costa de nosotros mismos.

Demos a los pobres, a las misiones, a las buenas obras, sobre todo a las obras marianas, incluso cuando esto exija imponernos algunas restricciones. Debemos consolar y alentar a los demás, incluso cuando nosotros mismos tengamos necesidad de ser consolados. Asistamos a los enfermos y a los desgraciados, incluso cuando esto nos repugne y nos obligue a vencernos.

No hagamos apostolado, como a veces se practica, a modo de deporte o de pasatiempo. Cuando Su Santidad Pío XII, en su alocución del 13 de mayo de 1946 a 600.000 peregrinos de Fátima, les hacía notar que se habían enrolado en la cruzada por el reino de María, les recordaba también que habían prometido **esforzarse** por que la Santísima Virgen fuese más ardientemente conocida, honrada y servida en las almas, en las familias y en la sociedad.

Así hemos de comprender el apostolado, que queremos ejercer cueste lo que cueste. Para eso vencemos nuestra timidez y nuestras repugnancias, sepamos imponernos sacrificios y fatigas; bajo una sabia dirección, y a imitación de nuestro Padre de Montfort, vayamos hasta el final, gastémonos del todo, muramos si es preciso en esta misión por las almas, para el reino de Dios por el reino de María.

⁶⁹ Tratado de la Verdadera Devoción n. 265.

San Juan escribe: *«El dio su vida por nosotros. También nosotros debemos dar la vida por los hermanos»*⁷⁰.

Así practicó Jesús la caridad; y también su divina Madre, al sacrificar la vida de su Hijo, que le era infinitamente más preciosa que la suya propia.

Nuestro Padre de Montfort arriesgó su vida, y cuántas veces, por sus semejantes, por su bien corporal o de alma; dio realmente su vida por las almas, pues por ellas torturó su pobre cuerpo y por ellas se mató trabajando.

¡Ojalá nuestra caridad, con la ayuda de Nuestra Señora y a imitación suya, se eleve a tal altura que estemos dispuestos a darlo todo, a sacrificarlo todo, incluso nuestra propia vida, por la salvación y santificación del mundo, por el reino de amor de nuestra divina Madre, por el triunfo de la causa de Dios!



⁷⁰ | Jn 3, 16.

XIV

Caridad delicada y atenta

Según el precepto de Cristo y el ejemplo de su divina Madre, nuestra caridad con el prójimo debe ser una caridad sobrenatural y donadora, una caridad que lo perdona y soporta todo.

El valor de nuestra caridad puede realizarse considerablemente por la *manera* de cumplir estos deberes caritativos. Por eso tenemos que señalar aún una cualidad del amor materno de María por las almas, que es su coronación y su flor, la flor encantadora y odorífera de la caridad cristiana: la delicadeza, la amabilidad atenta en el ejercicio de esta bellísima virtud.

Nuestra Señora era en la tierra, por su sencillez, una aparición encantadora. Ella atraía irresistiblemente por la dulzura de su carácter, la amenidad de sus modales, la amabilidad de su trato y la dulce sonrisa que nunca abandonaba su rostro.

Su incomparable delicadeza y su servicial bondad se deducen claramente de un hecho evangélico, en el que Ella jugó un papel decisivo y que nos ha sido conservado por San Juan, cuyos escritos han enriquecido nuestros conocimientos marianos sobre otros muchos puntos.

El hecho sucede en Caná, no lejos de Nazaret⁷¹. Se celebraban unas bodas, en las que, como dice el Evangelio, estaba presente la Madre de Jesús, y a las que fue invitado también Jesús con sus discípulos. No se sabe por qué causa, pero muy rápido el vino llegó a faltar. La Madre de Jesús se da cuenta del aprieto de sus anfitriones. Con una oración implícita hace saber el apuro a su Hijo por estas sencillas palabras, que lo dicen todo: «*No tienen vino*».

⁷¹ Jn 2, 1-11.

Jesús, a primera vista, parece rechazar el pedido implícito de su Madre con palabras de sentido un poco oscuro para nosotros, y añade: «*Aún no ha llegado mi hora*».

María no se desconcierta por este rechazo aparente. «*Haced lo que Él os diga*», ordena a los servidores del festín. Y, en efecto, algunos minutos más tarde Jesús transforma en excelente vino el agua de que estaban llenas seis grandes tinajas de piedra, que estaban allí para servir para las purificaciones.



Muchas consideraciones se imponen a nosotros ante la narración de este prodigio. Al contarnos esta intervención decisiva de la Santísima Virgen en este episodio tan importante de la vida de Jesús, San Juan quiso subrayar el irresistible poder de la oración de Nuestra Señora y su universal intervención para obtener maravillas del poder y de la bondad divinas.

Jesús parece negarse al principio; pero no es más que para mostrar aún mejor la fe y la confianza de su Madre amadísima.

Tenemos aquí una prueba palpable del maravilloso ascendiente que Dios ha querido conceder sobre su Corazón a Aquella que es su Madre y Esposa espiritual. Nada puede resistir a su oración, ni en el cielo ni en la tierra... La palabra de San Bernardo nos viene aquí a la memoria: «*¡Al imperio de Dios todo se somete, incluso la Virgen; y al imperio de la Virgen todo se somete, incluso Dios!*». Ella es realmente la *Omnipotencia suplicante*.

¡Qué considerable es que Dios haya atribuido a la Santísima Virgen una intervención tan decisiva en la realización del primer milagro de Cristo, por el que El inaugura su vida pública, manifiesta su gloria por vez primera, y se gana definitivamente a sus primeros discípulos!

Por sus méritos y sus oraciones María había obtenido la Encarnación y adelantado la hora de la venida del Hijo de Dios a este mundo. Por las mismas oraciones y la misma santidad Ella adelanta ahora la manifestación de Jesús al mundo, pues «su hora aún no había llegado».

Durante toda su vida oculta Jesús vive unido a su Madre y le es obediente y sumiso. Volvemos a encontrar esta unión y una cierta dependencia de María al umbral de su vida pública, que por eso mismo queda totalmente marcada de un sello mariano.

María sabía que su Jesús, en su amor inmenso hacia Ella, no iba a negarle nada. Por eso, a pesar de todas las apariencias contrarias, Ella dice tranquilamente a los servidores: «*Haced lo que Él os diga*». Ella no sabe exactamente qué va a suceder, pero está firmemente convencida de que algo sucederá, que su deseo se verá cumplido, y que sus protegidos serán sacados del aprieto.

Constatación de gran importancia que, aunque no se refiera al fin principal que aquí intentamos, debíamos subrayar a causa de su valor excepcional desde el punto de vista mariano.



Hemos referido este hecho sobre todo para resaltar en la Santísima Virgen, que es nuestro Modelo también en este punto, la delicadeza atenta de su caridad.

Es probable que no fuera necesario hacerle saber que se dejaba sentir la falta de vino. Con tacto, esta delicadeza que es propia de ciertas personas y que la Santísima Virgen poseía al más alto grado, Ella adivinó sin duda el aprieto de quienes la habían invitado. Todo esto no es inverosímil.

Pero lo que en todo caso parece cierto, es que no se pidió su intervención para remediar esta situación. ¿Qué podía hacer Ella?

Jesús aún no había hecho ningún milagro. Nadie podía sospechar que Él podía, a su gusto, alterar las leyes de la naturaleza. Sólo María, juntamente con el mismo Jesús, conocía este poder.

Así pues, por sí misma, sin que nadie se lo pidiese, por bondad de alma, por compasión por el aprieto de sus anfitriones, Ella intervino ante su Hijo, y alcanzó de su Corazón un milagro, el primero que haya realizado.



Esta debe ser también, a ejemplo de Jesús y de su Madre, nuestra propia caridad: amable, atenta, delicada.

Debemos ayudarnos unos a otros, hacernos favores mutuamente, pero no de manera huraña, con palabras duras, enfurruñándose, refunfuñando, visiblemente a regañadientes.

Para hacer un favor no esperemos a que nos los pidan, y menos aún a que nos insistan y supliquen. Si no, perdemos el cincuenta por ciento, y más, del mérito del favor hecho. Estemos dispuestos a socorrer al prójimo a la primera señal, al primer pedido; más aún, adelantémonos a los deseos de los demás, buscando la ocasión para complacernos unos a otros, «*honore invicem praevenientes*», dice San Pablo; por respeto a nuestra dignidad de hijos de Dios y de la Santísima Virgen, seamos atentos unos con otros... Seamos afables, sabiendo también hacer un favor desagradable de manera amable, con una sonrisa. Cuando algunos cristianos hacen algún favor, se diría que se les hace uno a ellos, por la buena gana con que lo hacen. Y en el fondo es así. Pues «*mayor felicidad hay en dar que en recibir*», dice

el Señor⁷². Y quien hace un favor por un motivo sobrenatural gana con esto mucho más que aquel a quien se hace este favor...

La vida en las familias, y también en ciertos conventos, es a veces poco agradable, incluso dura. ¡Qué hermosa y soleada sería esta misma vida, si todos nos ejerciéramos en tratarnos amablemente unos a otros, en complacernos y mostrarnos mutuamente buenos modales! «*¡Qué bueno y dulce es habitar los hermanos todos juntos!*»⁷³, canta el Salmista. Bajo la mirada y con los alientos de nuestra Madre, ayudemos a realizar este ideal en la familia natural o religiosa de que formamos parte.

Se habla a veces del «*apostolado de la sonrisa*». Es cierto que las personas habitualmente sonrientes ejercen una misteriosa fuerza de atracción. Cuesta más que a las demás resistirles o negarles algo.

Hay personas que tienen esta amabilidad y afabilidad por naturaleza. Que se sirvan de ellas para bien y dicha de sus semejantes. En todo caso, esforcémonos por ser, mediante una bondad amable y una alegría dulce, el buen olor de Jesús y de María.

Quien quiere hacer apostolado, sobre todo mariano, debe ejercerse en este trato afable, en estos modales atractivos, siempre con espíritu sobrenatural, a fin de atraer a todo el mundo al servicio de amor de la Reina, y por Ella al de Cristo y de Dios, que es Caridad.

⁷² Act 20, 35.

⁷³ Sal 132, 1.